

Casanova vetusto y sin fortuna

Adolfo Varela-Tous

Arthur Schnitzler, *El regreso de Casanova*, Traducción de Miguel Sáenz. Ediciones El Acanalado, Barcelona, 2000.

La elección de un libro nunca es casual. En ella intervienen motivos personales, razones estéticas, filias y hasta obsesiones. Una edición cuidadosa y bien presentada suele ser motivo de deleite, incluso si se trata sólo de un bello objeto. *El regreso de Casanova* es un libro de fina presentación en colores rojo y negro, atento a los detalles de rigor en una casa editorial, como son la selección de una tipografía adecuada y la coloración del papel. Como en otras pequeñas editoriales catalanas, el cuidado de la edición hace difícil llamarla rústica. Tal vez por ello, hay algo de vulgar atesoramiento en adquirir la obra.

Conviviendo con los detalles estéticos, en la portada aparecen los nombres de Schnitzler y Casanova, lo que hace del libro una invitación directa a su lectura. Arthur Schnitzler, médico y dramaturgo vienés de finales del siglo XIX, es reconocido por su capacidad para mirar críticamente el comportamiento de la aristocracia de su tiempo. Casanova, híbrido de diplomático astuto y mito popular, es el sustantivo universal para describir al personaje talentoso con las mujeres. Y así, a simple vista, *El regreso de Casanova* parece una obra exquisita que reflejará la lucha del escurridizo erotismo vienés por ganarse su lugar en la historia.

Pero Schnitzler nos sorprende. Entrado en años al publicar su novela (1918), el autor decide narrar la historia de un Casanova vetusto y sin fortuna, obsesionado por regresar Venecia, la ciudad que lo obligó al exilio, y con una reputación que no siempre se sostiene. Un Casanova abandonado por la belleza y los encantos de la juventud, con unas pocas monedas de oro en la bolsa, pero que, en cambio, sigue siendo rico en su pasión por las mujeres. El lector asiste al espectáculo decadente de un hombre esforzado por mantener vivo el mito y los placeres de la carne, evocando siempre un pasado glorioso, pero enfermo de tristeza.

El regreso de Casanova es la historia del peregrinar entre la decadencia y la muerte. El personaje venerado por su talento con las mujeres es visto sin mayor reverencia por Marcolina, sobrina de un viejo amigo de Casanova, quien además de hermosa, tiene una mente educada y una actitud crítica hacia los valores de su tiempo. Marcolina nunca ha oído hablar de Casanova. Le es extraño en su proceder y en su pensar. Por momentos le resulta atractivo por su conocimiento del mundo, pero muy pronto descubre que sus ideas son superficiales y que su diálogo es tan sólo parcialmente estimulante. Obsesionado por la belleza de Marcolina, e intrigado por su actitud distante, Casanova decide seducirla.

Los escasos días que Casanova tiene para tal empresa, permiten el desdoblamiento de un personaje que evoca con cierta nostalgia sus antiguos encuentros amorosos con la ahora esposa de su amigo Olivo, al tiempo que arrebatada la sexualidad a una de sus pequeñas hijas. En esos días, el lector descubre un Casanova obsesionado por destruir la fama del aclamado Voltaire y se bosqueja un hombre envuelto en fantasías sobre su regreso triunfal a Venecia. Casanova, ataviado con elegancia, haciéndose nombrar con el mote falso de Chevalier de Seingalt, es incapaz de comprender su verdadero destino.

Apoyado en un simple ardid, Casanova terminará poseyendo a Marcolina. No mediará seducción de ningún tipo. La joven no ha sido susceptible a sus encantos. Triunfa el talento y la experiencia, pero no

la fuerza de pasión alguna. En su regreso a Venecia, Casanova llevará un trofeo manchado de sangre y una gloria dudosa. Y en su amada tierra, Giacomo Girolamo Casanova, Chevalier de Seingalt, se convertirá en el instrumento del poder para dismantelar una conspiración política; en un simple empleado de sus antiguos enemigos para enfrentar a nuevas y más poderosas amenazas. El chevalier servirá al poder que alguna vez enfrentó y ridiculizó. Mezclando historia y literatura, Schnitzler nos ha presentado al Casanova que no queríamos imaginarnos, al hombre astuto sin pasiones verdaderas. Nos ha mostrado al mito en pedazos que sólo sostiene la fuerza estéril y anquilosada de su propia megalomanía